LUCAS Y LOS ANIMALES MÁGICOS

Agustín Andrés San José

Ilustraciones: Laura Vegas



mr.momo

Lucas y los animales mágicos

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387523381
ISBN e-book: 9791387523657

© del texto:
Agustín Andrés San José

© de las ilustraciones:
Laura Vegas

© de esta edición:
2025, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)



Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Lucía y Alicia,
las verdaderas creadoras de esta historia

1. Lucas

Como todos los días, Lucas llegó del colegio y se fue directo a su cuarto. Tiró la mochila sobre su cama y protestó en silencio. Cómo le fastidiaba que algunos niños se burlaran de él. Pero eso nunca iba a detenerlo, estaba dispuesto a demostrar a sus compañeros que la magia existía. Llevaba desde muy pequeño obsesionado con todo tipo de seres mitológicos: dragones, sirenas, minotauros, cíclopes y su favorito, la quimera, que tenía el cuerpo de cabra, la cola de serpiente y tres cabezas, una de cabra, otra de dragón y la tercera de león. Y escupía fuego y llamas por sus tres bocas. Sus compañeros de clase se burlaban de él cuando empezaba a hablar con tanto entusiasmo de alguno de esos animales mágicos, y le llamaban «Luquimero». Pero eso a él nunca le detuvo, por mucho que se rieran de él, estaba convencido de que tarde o temprano demostraría que tenía razón, los animales mágicos existían. Ese día, de camino al colegio, ocurrió algo muy extraño: escuchó un estruendo

repentino, algo similar a un trueno, pero no había tormenta, ni siquiera había nubes. Cuando miró al cielo, le pareció ver sobre los árboles un pájaro gigantesco. Pasó muy deprisa y, aunque volaba muy alto, era tan grande que no pasó desapercibido, al menos no para él. Marchó corriendo emocionado al colegio para decirles a sus compañeros de clase que acababa de ver un Pájaro de Trueno, y que eso demostraba que era cierto que existían seres extraordinarios y mágicos. Todos los niños no pudieron echarse a reír más fuerte. «Ya está Luquimero con sus cuentos de dragones y mazmorras», se burlaban. «Y encima ahora hasta se inventa animales nuevos». Lucas intentó explicarles que un Pájaro de Trueno era un ser mitológico que hacía truenos con sus alas y podía controlar la lluvia y las tormentas… pero las risas y los chistes de los demás impedían que nadie escuchara sus explicaciones. «Ha visto un avión y ya se cree que ha visto a Superman», se seguían burlando todos entre carcajadas. Lucas se marchó indignado a casa dispuesto a buscar el bestiario donde venía la descripción exacta de lo que era un Pájaro de Trueno.

Por eso, después de entrar en su cuarto, protestar en silencio y tirar la mochila sobre su cama, fue directo al armario para buscar el libro. Abrió las puertas y lo que había dentro sí que parecía mágico. «¡Vaya desorden!», le repetía siempre su madre (con razón). Nadie sabe cómo podían mantenerse tantos trastos en equilibrio sin que hubiera una catástrofe; igual sí que existía la magia de verdad y la verdadera prueba era su armario. Se puso a rebuscar: igual debajo de estos libros, tal vez detrás de ese montón de coches… no. ¿Entre los balones? Nada. A ver si detrás de las maletas. Lucas se

metió muy dentro del armario, pisó algo redondo y perdió el equilibrio. Estiró los brazos para no estamparse contra el fondo, pero de repente se topó con algo inesperado, no se chocó contra la pared, sino que siguió avanzando hacia la nada; acababa de descubrir la entrada a una cueva escondida en el fondo de su armario, y cayó rodando por ella.

Cuando terminó de rodar, se encontró en un sitio maravilloso. Las paredes de la cueva eran del color azul celeste más brillante que había visto jamás. Y delante, todo lo que se veía era agua, un lago inmenso de agua limpia y cristalina que parecía no tener final. De pronto, lenta y parsimoniosamente, salió del agua un hipopótamo que se quedó mirando al niño extrañado.

Lucas no sabía si estaba más fascinado, asustado, sorprendido o simplemente soñando, así que dijo:

—Hola, hipopótamo, me gustan tus pezuñas.

«¿Me gustan tus pezuñas? ¿En serio acabo de preguntar eso a un animal dentro de mi armario?» Cuando Lucas creía que no podía estar más loco, lo que de pronto sucedió a continuación le dejó estupefacto.

Con un rápido y hábil movimiento de su cuello, el hipopótamo consiguió meter su cabeza bajo sus piernas, lanzar a Lucas hacia arriba y montarle en su espalda. Empezó a correr a toda velocidad y subió la rampa de la cueva sin parar hasta que salieron por la puerta del armario. Abandonaron el cuarto mientras Lucas solo podía pensar en agarrarse fuerte al cuello del hipopótamo. Apenas se dio cuenta de cómo se desmayó su madre al verlos trotar escaleras abajo. Ni del caos y desconcierto que se formó en la ciudad cuando pasaron corriendo y provocando algún que otro susto a los